

des y pueblos de Judea. Los israelitas convertidos al cristianismo no tuvieron la menor parte en la rebelion, y como preveian que dentro de poco no podrian tributar al César la obediencia que ordena el Evangelio, y no dudaban ya que iban á cumplirse las terribles profecias del Hijo de Dios (1), repetidas tantas veces por los Santos Apóstoles, se fugaron hácia las montañas que les habian sido indicadas, y sentaron sus reales en la pequeña ciudad de Pella, situada en las fronteras de Siria (2).

Lleno de ignominia el ejército romano por culpa de Cestio Gallo, como dejamos dicho, se encargó á Vespasiano la guerra de Judea, y al instante cambió esta de aspecto. Este gran capitán, habiendo reunido sesenta mil hombres, sujetó toda la Galilea, escepto la ciudad de Jotápata, donde mandaba el historiador Josefo, hombre no menos valiente que sábio. No se ocultó á la penetracion de este la superioridad de las legiones romanas sobre una gavilla de furiosos, y no osó esperar al enemigo en campo raso aunque capitaneaba cien mil judíos. Resistió un sitio de cuarenta dias, en el que Josefo hizo prodigios de valor y demostró sus conocimientos militares; pero al fin fué tomada Jotápata y reducida á cenizas, y el comandante perdió mas de la mitad de su gente. Con los restos se retiró á las cavernas en las que se degollaron los unos á los otros. Mas Josefo prefirió acogerse á la clemencia del vencedor, y confiado tanto en el mérito militar de Vespasiano, como en la situacion del Imperio, le dijo con resolucion en tono de profeta: «Cuando seais emperador me dareis libertad y asi tardaré poco en conseguirla (3).» Intentaron tambien defenderse

(1) San Luc. 19.

(2) Euseb. Hist. lib. 3.

(3) Josef. de bello judaico, lib. 3, cap. 8.

las ciudades de Tiberiades y Tariquea. Tiberiades, que se rindió luego, fué perdonada á instancias del rey Agripa; pero Tariquea quedó destruida y sus habitantes fueron hechos cautivos en número de treinta mil.

Asi las cosas, rompieron los romanos el freno de la obediencia á Neron, que de todo punto se habia grangeado el público aborrecimiento. Mostróse tan enemigo de Dios como de los hombres, y persiguió tan indigna y atrozmente á los adoradores del verdadero Dios, que hasta los mismos idolatras estaban horrorizados. Él fué el primero de los emperadores que decretó edictos contra el Cristianismo, lo cual, dice Tertuliano (1), es una prueba de la santidad y escelencia de esta Religion, venerada por los gentiles desde su origen, puesto que fué necesario todo un Neron para que enarbolase contra ella el estandarte de la persecucion. Aun los historiadores profanos hablan con la mayor execracion de las crueldades que cometia contra los inocentes seguidores de Cristo, particularmente con motivo del incendio de Roma, del cual fué Neron el único autor. Al principio sirvióle de diversion este horroroso espectáculo; mas temeroso despues de un pueblo reducido á la desesperacion, atribuyó esta maldad, como dice Suetonio (2), á los que el vulgo llamaba cristianos y les hizo sufrir inauditos tormentos. No solo eran crucificados, continúa diciendo el mismo historiador, sino que los cubrian tambien con pieles de fieras para que los devorasen los perros, y á otros los untaban con cera, ó los vestian de túnicas embreadas para ponerles despues fuego; y esto con el fin de que las víctimas sirviesen de antorchas para alumbrar á los que iban de noche por las calles. Este último género de

(1) Tertul. Apologet.

(2) Sueton in vita Neron. c. 16; Juv. Sat. 1 et 8; Senec. ep. 14.

crueldad era tan grato al tirano, que muchas veces guió por los jardines de palacio su carroza á la fúnebre luz de estas hogueras animadas. Estendióse la persecucion mas allá de las puertas de Roma, y entonces sufrieron martirio los Santos Gervasio, Protasio, Celso y Nazario en Milan, y San Vital en Rávena. Neron derramaba con tanta mayor facilidad y gusto la sangre de los cristianos, cuanto que nada tenia que temer de unos hombres que solo sabian obedecer y sufrir.

Mas no opinaban del mismo modo sus súbditos idolatras. El general descontento cundió particularmente durante el viaje que Neron hizo á la Grecia, y á su regreso supo que las tropas y los pueblos habian proclamado emperador á Galba, gobernador de la España Tarraconense; y Neron, tan cobarde como cruel, casi privado de juicio por el exceso del miedo, esperó el golpe fatal con una estúpida indolencia, sin dar un solo paso para precaverse; asi es que sus mismos guardias levantaron el grito á favor de Galba. Entonces huyó de Roma en medio de la noche, cubierto de un mal vestido para que no le descubriesen. Retiróse á la casa de campo de Faon, uno de sus libertos, situada á legua y media de la ciudad. La sed vino á atormentarle en su fuga, y se vió precisado á beber de una agua cenagosa que llevó á los labios en el hueco de su mano. Entonces, no pudiendo tener á raya su dolor esclamó gimiendo: *¿Son estos los licores de Neron?* Al día siguiente supo que el Senado no solo le habia proscrito, sino tambien condenado á ser azotado hasta morir á la fuerza de los golpes, y á poco tiempo vió que la casa donde se habia retirado estaba ya cercada de gente que venian á buscarle. Para evitar el suplicio que le esperaba, se atravesó el cuello con un puñal, y murió el año 68 de Jesucristo, á 9 de junio, en el mismo dia en que hizo quitar la

B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

vida á su madre. Reinó trece años y medio, y aun no habia cumplido treinta y uno de edad cuando murió; pero tan corta vida bastó para que este mónstruo de crueldad hiciese detestable su nombre aun á los mismos tiranos.

Los pueblos proclamaron á una voz emperador á Sergio Galba, á la edad de setenta años, y solo gozó de esta dignidad nueve meses. Su economía y su severidad le hicieron odioso á las tropas, que le quitaron la vida por las intrigas de Oton, á quien en seguida aclamaron emperador. Cuasi al mismo tiempo el ejército de la Germania inferior proclamó por emperador á su general Vitelio; y marchando este á Italia venció á Oton, quien se mató á sí mismo despues de un reinado de tres meses. La noticia de la muerte del último emperador de la familia de los Césares, y del partido que habian adoptado los soldados, llegó entretanto al ejército de Siria, é indignado de que un Vitelio osara alzarse con el supremo mando, lo confirió á su general Vespasiano, á quien obligaron á aceptarlo contra su voluntad. Al punto marchó de Palestina Vespasiano, confiando á su hijo Tito el cuidado de subyugar la capital de Judea. No podia hacer frente ni aun al solo nombre de Vespasiano el voluptuoso y disoluto Vitelio, y fué derrotado en medio de Roma, estando todavia su rival en Oriente. Despues de haberle asesinado sus mismos soldados, y despues de haber ultrajado de mil modos su cuerpo, le arrojaron al Tiber, sin haber cumplido un año de reinado. Vespasiano, estando bien seguro de la estimacion y afecto que le profesaban los romanos, esperó en Alejandría el tiempo oportuno para hacerse á la vela.

Este emperador vió en Egipto á Apolonio Tiano, que regresaba de España, á donde se habia retirado cuando Neron obligó á todos los filósofos á salir de la capital

del Imperio, sin que hubiese apreciado en lo mas mínimo las operaciones al parecer extraordinarias de Apolonio, que no tuvo la fortuna de agradar á un tirano tan caprichoso como cruel: aunque por otra parte este filósofo, por una inconsecuencia muy común en semejantes sábios, vituperaba abiertamente á los magos, llamándolos impíos y homicidas. Consistia la magia, segun Apolonio, en sacrificar al modo de los bárbaros, invocando el auxilio de los demonios; y pretendia inculcar que en los prodigios que él hacia por medio de las ceremonias griegas, intervenian los dioses. Tales eran su preocupacion y su orgullo nacional; pero en este filósofo andaban apareados el fanatismo, la impostura y la ceguedad, como puede colegirse del suceso mas prodigioso que de él se cuenta.

Una jóven de familia consular cayó en un letargo tan profundo, en el momento de irse á casar, que todos la juzgaban muerta. Acompañada de su futuro esposo todo anegado en lágrimas, era llevada al sepulcro en un féretro descubierto segun costumbre, y arrimándose Apolonio al mancebo le dijo que pronto hallaria consuelo. Despues de haber pronunciado Apolonio algunas palabras ininteligibles, la muger se repuso poco á poco de su accidente, recobró el habla y las fuerzas hasta el extremo de conseguir volver por su pié á la casa paterna. Sin embargo, muchos testigos oculares, que habian observado con atencion al fingido taumaturgo, aseguraron que la jóven respiraba antes del prodigio, y aun añadieron que para que recobrase el sentido pudo bastar la frescura de la mañana.

Apolonio, deseando como todos los impostores darse á conocer en los grandes teatros, fué uno de los primeros que corrieron á presentarse á Vespasiano. Los amigos de este nuevo emperador procuraban adquirirle una celebridad que, á pesar de la

medianía de su alcurnia, le asegurase una suerte mas feliz que la de tantos ambiciosos, que en tan breve tiempo habian caido del trono de los Césares. Era Alejandria, donde iba á embarcarse para Italia, la primera ciudad del Oriente y la segunda del imperio; y sus habitantes, que como griegos y egipcios eran los mas supersticiosos de todos los pueblos, debian principalmente tributar homenage á un emperador amigo de los dioses, y para que no dudasen que Vespasiano lo era, se divulgó que obraba milagros. Rióse él mismo de esta impostura, pero la dejó correr; y es verosímil que Apolonio, tan versado en semejantes maniobras, no fuese inútil á este príncipe, de quien se dijo que habia curado á un ciego y á un manco en nombre del Dios Sérapis; pero los medicos, á quienes se consultó, afirmaron que estas enfermedades no eran incurables.

Sea lo que quiera de estos prestigios ó ardidés, no cabe duda que contribuyeron á fortalecer el poder de Vespasiano (1). Todo el Oriente, lo mismo que la Judea, estaba en la firme creencia, fundada originariamente en las divinas Escrituras, de que habia de salir por aquel tiempo de la Palestina un conquistador que subyugase á todo el universo, confundiendo de este modo la potestad temporal con el reino espiritual del Mesías. Los sensuales israelitas aplicaban estas profecias al libertador de Israel, que esperaban con impaciencia; y los cortesanos de Vespasiano las aplicaban á este príncipe; siendo lo mas extraño que Josefo (2), aunque tan sábio y judío, no se avergonzó de prestarse á esta sacrilega adulacion.

Tito, que habia quedado en Palestina para dominar á los rebeldes, procedió con aquella prudencia y dulzura que hicieron

(1) Suet. in Vesp. cap. 4; Tácito, hist. lib. 5.

(2) Josefo, de bello judaico, lib. 3, cap. 17.

despues las delicias de Roma. Ansiaba sobre manera la paz, y lo mismo todos los judíos prudentes y mas dignos de estimacion por su buena conducta; pero la tumultuosa plebe solo deseaba conmociones y violencias dando á su furor el nombre de libertad y celo por la Religion. Consolidóse y fué de este modo en aumento la horrible faccion de los celotas que se habia levantado en la revolucion. A los principios eran diferentes partidos, que descargaban su ira sobre todos los que se les oponian, especialmente en las aldeas y en los campos; pero poco á poco fueron reuniéndose entre sí con los soldados que pudieron seducir, y despues vinieron todos juntos á caer sobre Jerusalem abandonada á la anarquia, y se apoderaron sin resistencia del supremo mando. El robo y los insultos eran los menores males que se cometian en medio de estos públicos latrocinios, porque la sedicion no respetaba mas la vida de los ciudadanos que sus bienes ó derechos comunes. Sin embargo, el Pontífice Anano, á quien todavia veneraba el pueblo, ya por su esperiencia, ya por su edad y grave aspecto, animó á la multitud contra los sediciosos; pero no pudo estorbar que se apoderasen del templo, en cuyo sitio, tan ventajoso por su posicion como por su fabrica, se fortificaron en regla. Logróse al fin desalojarlos del recinto exterior, y recelosos ellos de que los obligasen á abandonar el segundo, llamaron en su auxilio á los idumeos.

Estos bárbaros, siempre preparados á pelear ó á robar, acudieron con presteza en número de veinte mil. No les era fácil penetrar hasta el sitio que ocupaban sus amigos; pero una terrible tempestad que sobrevino durante la noche les presentó la ocasion de llegar hasta cierto parage donde pudieron unirse con los celotas, que hicieron una salida á este fin. Acometiendo enton-

ces juntos á sus enemigos que dudaban á qué lado acudir primero, hicieron tan horrible carnicería, que inundaron de sangre todos los sitios exteriores inmediatos al lugar santo, y perecieron en esta desgraciada noche ocho mil y quinientas personas. Derramáronse despues los idumeos por toda la ciudad, donde dieron iguales muestras de su bárbaro furor. Pero á pesar de ser tan crueles en sus primeros impulsos, no habian llegado á aquella perversidad habitual que á sangre fria se lanza á los mayores excesos y que solo podia convenir á los asesinos del Hombre-Dios; así que, luego que los conocieron á fondo los idumeos, vueltos estos en sí, se retiraron maldiciendo á sus llamadores, y aun pasieron en libertad á dos mil nobles que los celotas tenían encarcelados.

Fortalecidos con este auxilio pasagero los sediciosos ó indignados de la retirada de los idumeos, no conocieron límites para llevar á cabo su iniquidad. Casi todos los ciudadanos distinguidos se vieron en breve tiempo inmolados con diferentes pretextos, y la mas fatal acusacion era la de querer pasar al campo de los romanos; pues aun que fuese calumniosa, costaba infaliblemente la vida á los acusados. Aun despues de muertos eran perseguidos, pues estaba prohibido se les diese sepultura, prefiriendo exponerse á una infeccion contagiosa antes que disminuir la crueldad de la proscripcion haciendo enterrar los cadáveres que cubrian ya todas las calles.

Por fin entró la discordia entre estos malvados; Juan, que habia venido de Giscala á juntarse á su partido, iba insensiblemente levantándose con la mayor autoridad, y esto no podian sufrirlo los mas antiguos gefes de la sedicion, y fué menester que se dividiesen en dos facciones. Eleazar, caudillo de la una se retiró á la parte interior del templo con dos mil y cuatrocientos

hombres, y Juan de Giscala ocupó el recinto exterior con seis mil.

Un extranjero de origen, llamado Simon, del hijo del prosélito Giora, que se había distinguido por su valor en la derrota de Cestio Gallo, luego que tuvo noticia de la muerte del Pontífice Anano, quiso ponerse al frente del pueblo de Jerusalem para oponer diques al poder de los celotas. Abandonó con este objeto el castillo de Masada, donde se hallaba destinado por los sicarios, y corrió á acamparse por algun tiempo á la falda de los montes de Judea. Reunió allí un ejército numeroso compuesto de los ladrones que infestaban los campos y de los esclavos que atraía con el cebo de la libertad. Opusieron á sus progresos los que habían sido sus primeros gefes, es decir, los sicarios, convertidos ya en rivales; pero les presentó muchas batallas, en las cuales salió vencedor, y despues se situó junto á las puertas de la ciudad con treinta mil hombres.

Las circunstancias no podian ser mas favorables á Simon, porque el odio público contra Juan de Giscala había llegado al último extremo, pues ademas de su altivez y natural dureza, no podia sostener su autoridad sobre aquellos bandidos sin permitirles todo género de crímenes. Eran estos no solo crueles, sino voluptuosos y desenfrenados, y se abandonaban á todo género de liviandades. Despues de violentar á las mugeres mas nobles las despojaban de sus vestidos, y poniéndoselos con sus adornos imitaban su modo de andar, sus artificios y todo lo que el pudor prohíbe referir. El pueblo de Jerusalem, indignado y horrorizado contra semejantes mónstruos, juzgó ganar mucho en elegir á Simon por su general, y así le abrió las puertas entregándose en manos de los ladrones que capitaneaba.

Sobresalieron entonces á un mismo tiempo tres partidos distintos en la república,

los dos de celotas divididos entre sí, y el tercero el de los sicarios conducidos por Simon de Gióra. Unos á otros se declararon una cruel guerra, pusieron fuego á la mayor parte de las obras exteriores del templo, y juntamente con estos edificios consumieron las llamas el trigo que habían acumulado en abundancia y que les era tan necesario para sostener un obstinado sitio. No obstante, cuando se trataba de hacer frente á los romanos reunian todas sus fuerzas, y por una costumbre, que había degenerado ya en fanatismo, se unian tambien para celebrar los sacrificios, con cuyas víctimas se mantenian muchos de ellos. Esta concordia poco duradera solo servia para la mayor profanacion de un culto que el Señor miraba ya con desagrado; porque subiendo de punto muchas veces el furor de los partidos opuestos, en medio de aquellos ejercicios de religion sucedia que los sacerdotes y los que mandaban sacrificar eran allí asesinados ó heridos gravemente, y todos los dias se regaba el suelo con sangre humana.

Sabedores de estos desórdenes y discordias los romanos no se habían apresurado á atacar la capital; holgábase de que los ciudadanos se fuesen aniquilando y destruyendo por sí mismos, contentándose entretanto con talar los campos para que careciesen de víveres. Pero al fin poco antes de Pascua determinó Tito sitiar á Jerusalem con cuatro legiones romanas, apoyadas por las tropas auxiliares del rey Agripa; de Antioco, rey de Comagena; de Soén, rey de Emesa; y de Malco, rey de Arabia. Esta multitud de combatientes se acampó inmediatamente á un cuarto de legua de la plaza, que se halló reducida á los mas estrechos términos. Había un número asombroso (a) de israelitas

(a) Puede calcularse esta por el de los corderos que se consumieron en esta última Pascua, que pasó

dentro de la ciudad Deicida que iba á presenciarse el triste cumplimiento de la profecía de Jesucristo, de que «llegaria un dia en que se reputarian dichas las estériles y los pechos que no habían dado de mamar.» El inmenso número de sitiados favorecia el desorden y tuvo por inevitable resultado producir la escasez y carestia. Los víveres se acabaron muy pronto, y el hambre principió á hacer estragos. A esta calamidad hay que añadir los horrores de la peste, causada por la infeccion del aire contaminado con los cadáveres insepultos que por todas partes se veían.

El dia de los Azimos, que en este año 70 de Jesucristo fué el 14 de abril, la faccion de los celotas que ocupaba lo interior del templo, abrió las puertas al pueblo que acudia á adorar al Señor. Juan de Giscala, caudillo de la faccion acantonada en el primer recinto, hizo que se introdujesen furtivamente con el pueblo muchos de los suyos con armas ocultas, y lanzándose sobre los del partido de Eleázaro, destruyeron una gran parte de sus tropas, sujetaron á las demas, y se hicieron dueños de lo interior como lo eran de lo exterior de este vasto edificio. Así los celotas quedaron reducidos á un solo partido que peleaba bajo las órdenes de Juan; pero los sicarios, animados mas que nunca por el ambicioso Simon de Gióra, perpetuaron la discordia y la desolacion.

Tito se adelantó con seiscientos caballos para reconocer la plaza, creyendo que los ciudadanos cansados de sus males le abririan las puertas; pero los tira-

de doscientos cincuenta mil segun la cuenta de los romanos. Reuníanse por lo menos diez personas para comer cada cordero, lo que hace una suma de mas de dos millones y quinientas mil almas, sin contar los que no estaban purificados segun la ley, y otros á quienes la edad dispensaba de su observancia. (N. del E.)

nos habían tomado sus medidas para que esto no sucediese, y nadie se atrevió á disgustarlos; antes por el contrario, hicieron una salida en la cual faltó poco para que aquel príncipe romano pereciese. Al dia siguiente se acercó con mas circunspeccion y sentó sus reales muy cerca de los muros.

Era en extremo ventajosa la situacion de Jerusalem, y el arte se esforzó en emplear todos sus conocimientos para hacerla inconquistable. La ciudad, situada sobre dos montañas, estaba cercada de una triple muralla en todos los sitios espuestos al ataque, tenia ademas una hermosa ciudadela que se llamaba la torre Antoniana, y á esta se agregaban las fortalezas del palacio y del templo no inferiores á la primera. No faltó el tiempo necesario para fortificar estos baluartes los cuales estuvieron muy pronto en estado de defensa. Los romanos forzaron la primera fortaleza á los quince dias del sitio, que era el 3 de mayo, entrando por una anchurosa brecha abierta con el ariete á vista de los sitiados. Así se hicieron dueños de la parte septentrional de la ciudad hasta el valle de Cedron, á cuyo lado opuesto había otros dos baluartes. Los romanos confiaban que los judíos se rendirian antes de llegar á los últimos extremos, y se abstuvieron de toda violencia. Forzó Tito la segunda fortaleza cinco dias despues, y hubo muchos combates sangrientos antes de que pudiera apoderarse de ella. Allí dejó descansar á sus tropas, y solo se aprovechó de su superioridad para exhortar de nuevo á los rebeldes á que se sometiesen, porque su espíritu compasivo é indulgente no podia determinarse á destruirlos.

Envióles á este fin á Josefo, antiguo gobernador de Jotápata, creyendo que un hombre de su nacion, que tantas pruebas tenia de la clemencia del vencedor, los reduciria mas fácilmente á que la solicitasen. Mas ninguna de las razones de este elocuen-